

—No, voy volando.

Y salió casi corriendo de la casa, diciendo:

—Negocio seguro, negocio seguro.

Una alegre carcajada de Andrea acompañó al ruido que hizo el zaguán al cerrarse.

—¿Qué hubo?—dijo Martín saliendo.

—¿Qué hubo? que tú debes haber nacido en Jueves Santo, según te sale de bien cuanto inventas.

—¿Qué dice tu hombre?

—Mi hombre, mala peste le mate! ¿de qué va á ser este mi hombre, si yo nunca le tengo tratos sino con caballeros y gente principal?

—Gracias—dijo Martín.

—Cierto, y no es lisonja.

—Pero vamos, ¿qué hay?

—Que ya cayó.

—¿Te dijo algo?

—Nada.

—Entonces ¿cómo sabes que ha caído?

—Se lo conocí.

—Si nada te dijo.

—Tonto! sabrás tú de letras, pero nunca has sido mujer; y déjame, que yo sé mi cuento.

—¿Con que está seguro?

—Tan seguro, como yo lo estoy de que tienes entre manos una gran diablura.

—¿Qué te dijo el hombre?

—Que pronto vuelve, y entonces verás como es la decisión.

—Bueno: entonces cuando él venga, me iré yo, que ya no te quedarás sola, y es peligrosa aquí mi presencia.

—¿Y á qué fin pretendes que ese hombre se enamore de mí?

—Ya lo sabrás. Esta noche te espero en la plaza para que me cuentes cómo fué mi entierro y cómo sigue tu nuevo amor.

—¿A qué horas y en dónde?

—A los ocho, cerca de las tiendas nuevas.

—Iré, á pesar de que me da miedo salir de noche.

Una hora después llegó el hombre, y Martín se salió sin que él lo advirtiese.

En esa tarde se sepultó el cadáver, no con pompa, pero sí con escándalo, porque muchos quisieron ver el entierro del célebre Garatuza costado por el virey, y hubo en el panteón gran concurso de ociosos y perdidos.

Como entonces no había de qué hablar en México, hasta los círculos más aristocráticos se ocuparon del asunto, y fué objeto de muchas conversaciones la bondad del virey y el arrepentimiento de Martín.

Excusado es decir que en la misma noche el lacayo contaba á sus compañeros que estaba enamorado de la viuda y que no perdía sus esperanzas.

Don Leonel en la misma tarde en que salió de su prision quiso ver las ruinas de la «casa colorada;» pero no pudo resistir aquel espectáculo, y con el corazón comprimido volvió á su casa.

Aquella noche Don Nuño no pudo contenerse, y despues que acabó la cena, cuando los criados que servian la mesa se retiraron, el viejo se atrevió á hablar del negocio.

—Leonel—dijo—¿sabes algo de..... tu prima Doña Esperanza?.....

—Padre mio—contestó Don Leonel—nada sé; he pasado por el lugar que ocupaba su casa, y nada..... ruinas, desolacion.

—Quizá..... moriria—dijo el anciano, como pronuncian- do por fuerza esta palabra.

—¡Dios no lo haya permitido!.....

—¿Qué haremos para saber la verdad?

—Es muy difícil; el único auxilio que espero es el de Dios.

—¿Es decir que has perdido toda esperanza? ¿No inten- tas buscarla?

—Padre mio, ¿seria yo por ventura mas feliz si la en- contrara? ¿No murió para mí toda esperanza desde que me revelásteis que era mi hermana?

—Es cierto; pero por ella, por mí, debes buscarla tú tam- bien: quizá viva en la miseria, quizá no tenga adonde vol- ver sus ojos, quizá la mano de la desgracia la arrastre al crimen, á la prostitucion.....

—¡Oh, Dios mio!.....

—Leonel, sé bastante fuerte para dominar tus pasiones y sobreponerte á las desgracias; busca á Esperanza, y será feliz á nuestro lado.

—¿A nuestro lado, padre mio? Es un imposible, yo no

### XIX.

De cómo volvió á encontrar Don Leonel á su prima Doña Esperanza.

Don Nuño y Don Leonel salieron libres de Palacio, como se los habia ofrecido el v rey, y cesando las persecuciones, cada uno de ellos volvió á pensar en sus negocios particu- lares; uno habia, sobre todos, que preocupaba á los dos so- bremanera: la suerte de Esperanza.

Don Nuño miraba en ella á su hija.

Don Leonel encontraba en ella á una hermana cuando habia creído tener una esposa.

Uno y otro deseaban hablarse de lo mismo, y uno y otro temian promover la conversacion.

A su salida de Palacio fueron informados de que la «ca- sa colorada» habia sido completamente devorada por las lla- mas y que nada se sabia de sus habitantes.

El Padre Salazar aun no volvia á la casa paterna; pero como Don Nuño y Don Leonel ignoraban que estaba ocul- to en casa de Doña Juana la noche del incendio, no se in- quietaban por su suerte y esperaban verle llegar de un mo- mento á otro.

puedo vivir así al lado de esa mujer; yo podré buscarla, conducirla á vuestros brazos, pero permanecer con vosotros... ¡oh, no! Soy soldado, y puedo aún ir en busca de la fortuna y de la gloria para estar libre de ese martirio, y honrar vuestras canas y vuestro nombre con mis hechos.

—Dios dispondrá—exclamó por fin Don Nuño levantándose y retirándose.

Don Leonel y el Padre Alfonso quedaron solos.

—Supongo, hermano—dijo el Padre—que á tí mas que á nadie le interesa el encontrar á Doña Esperanza.

—Hermano, tengo tanto interés como mi padre, ó quizá menos.

—Cómo! ¿pues no debias casarte con ella, ó al menos esas no eran tus intenciones?

—Es verdad; pero ahora todo ha cambiado.

—¿Cambiado? ¿y por qué?

—Alfonso, ese es un gran secreto de familia que tú debes saber tambien como yo.

—Pero que ignoro.

—Lo sé; sé que lo ignoras, como yo por mi desgracia lo ignoraba tambien, hasta que una casualidad vino á abrir nuestros ojos.

—¿Cuál es, pues, ese secreto?

—Que Doña Esperanza es hija de nuestro padre, es hermana nuestra.

—Pero cómo! ¿hermana nuestra?

—Sí, mi padre me lo ha dicho; yo debía haberlo sabido, porque Doña Juana me dió el libro en que estaba escrita la historia de su familia; pero yo no llegué á leer ese libro, porque las circunstancias se encadenaron de un modo tal, que habiéndolo tenido en mi poder, no me fué posible leerle.....

—¿Y qué fué de ese libro?

—Por librarlo de las garras de la justicia, encargué á Martin que le entregase á Doña Juana.

—En efecto, que el mismo Martin cuando estuvo á verme en la casa Colorada, me dijo que tenia que llevar algo á Doña Juana; pero no recuerdo bien si me agregó que de vuestra parte, y si por fin entregó ó no lo que llevaba.

—En todo caso, está perdido; si le llevó, el incendio le ha devorado; si no, ¿quién puede saber, muerto ese hombre, adónde dejó ese libro?

—Siempre hay mas posibilidad de encontrarle si él no lo entregó; ¿quién sabe lo que suceda? pero por mi parte, hermano mio, si te he de hablar la verdad, no creo que Doña Esperanza sea nuestra hermana.

—¿En qué te fundas para tener esa creencia?

—Mira, Leonel; ¿Doña Juana sabia tus amores con su hija?

—Sí.

—¿Y no se opuso á ellos?

—Al principio sí, pero despues, cuando supo que yo te ayudaba en la conspiracion, entonces consintió en ellos.

—Leonel, Doña Juana debía saber quién era el padre de su hija, y sabia quién era el nuestro; si hubiera creido por un solo instante que tú y Esperanza eran hermanos, ni por un instante hubiera consentido esos amores: conocí demasiado á Doña Juana para poder dudar un momento de su virtud.

—Pero por otro lado mi padre.....

—Mi padre puede mas fácilmente haberse engañado, y esto es lo que debe haber sucedido, y pronto creo que se descubrirá.

—¿Pero cómo, hermano mio, cómo? Seria yo el hombre mas feliz.

—Ten fé en Dios.

—Alfonso, me das la vida, porque me vuelves la esperanza.

Y los dos hermanos se separaron.

Al día siguiente el Padre Salazar vió llegar á su hermano pálido y agitado.

—¿Qué hay? ¿qué te ha sucedido?—preguntó el Padre.

—Acabo de ver á Doña Esperanza—contestó Don Leonel.

—Pero eso no es motivo para esa agitacion.

—Si vieras cómo la he amado, no lo extrañarías; pero además, aquí hay otro gran misterio: Doña Esperanza iba en una carroza al lado de otra mujer y con un caballero elegantemente vestido, al que yo nunca he visto en esta ciudad.

—Quizá sea alguno de los ricos de provincias internas.

—Ese caballero, ese hombre tan ricamente puesto, me ha parecido, y vas á reírte.....

—¿Quién?

—Martín Garatuza.

—En efecto, cosa es de risa, y no puede eso ser sino efecto de tu preocupacion, porque tú, mejor que nadie, sabes que Martín Garatuza ha muerto.

—En efecto, he oído leer la carta que envié al virey, he oído las disposiciones que dictó S. E. para el entierro, y he visto llorando en Palacio á la viuda.....

—¿Y esa misma viuda era la dama que acompañaba á Doña Esperanza y al hombre que te pareció Martín?

—No, no era ella, y tuve ocasion de observarlo, porque la carroza se detuvo en la calle de Ixtapalapa, en la casa de Don Pedro de Mejía el finado, y ví bajarse de ella á Doña Esperanza y á la mujer que la acompañaba, apoyándose en el brazo del hombre que tomé por Martín.

—Entonces está claro que no es él.

—No está muy claro, quién sabe.....

—¿Sospechas?.....

—Martín es capaz de todo, tú no lo conoces tan bien como yo, y no sería difícil que algún nuevo engaño.....

—No es posible; el virey tomaría sus providencias, y no es fácil que haya sido engañado como un niño.....

—En efecto, el virey envió á uno de sus criados de confianza con la viuda.

—¿Ya lo ves?.....

—Y á pesar de todo, ahora soy yo el que tengo la fe, y creo que Garatuza no ha muerto y que por su medio podemos averiguar mucho; el libro de la familia de Esperanza debe estar en su poder.

—¿Pero y Doña Juana?

—Quizá sea cierto que murió, porque Doña Esperanza vestía luto.

—Es preciso buscar á ese hombre; tú también me has hecho concebir una sospecha.

—Yo le encontraré.

ña Juana sabia, á no dudarlo, que lo era, y por eso habia sido un golpe muy sensible para su corazon llegar á verle en el mismo momento en que espiraba.

Doña Esperanza estaba tan triste y tan desalentada, que casi era seguro que si Martin no dirigia el asunto con tino y discrecion, no querria ni pensar siquiera en la herencia de su padre, y sin el consentimiento de ella nada podia hacer Martin. Era pues necesario convencerla, y pronto, para comenzar á obrar inmediatamente, para comenzar á obrar cuanto antes y con actividad, porque Don Alonso y Doña Catalina era seguro que no se detendrian por nada, y además, entrarían en desconfianza tan pronto como el escribano se negase á entregarles el testamento, lo cual era seguro, porque ellos no tenian la contraseña.

Lloraba Doña Esperanza en un sitial de la pobre sala de la casa de Martin, cuando éste se llegó á su lado.

—¡Cuánta pena me causa, señora, vuestra situacion!—dijo Martin sentándose al lado de Esperanza.

—Hay males que no tienen mas remedio que llorar—contestó la jóven.

—En efecto, uno de ellos es la muerte; pero aun en ese caso, la religion que profesamos tiene consuelos para los vivos, que sirven de descanso y de gloria á los muertos.

—Es verdad.

—Y que tenemos obligacion de procurar, y esto no solo por nosotros, sino por los que gimen y padecen en el purgatorio, de donde podemos sacarlos.

—Dios sabe que no dejo de pedirle un momento por el alma de mi padre y de mi desgraciada madre.

—Sí, pero eso no es suficiente.

—¿Pues qué mas?

—Es preciso unir á esto las preces de la Iglesia, mas ó

## XX.

De lo que hizo Martin despues de que pasó por muerto.

**L**UEGO que supo Garatuza que el cadáver habia sido enterrado bajo su nombre y que el virey habia dado una cantidad á la supuesta viuda, todo lo cual averiguó en la conferencia que tuvo con Andrea en la plaza á las ocho de la noche del dia en que la habia citado, comenzó á imaginar el medio de pasar en México por una persona distinta, con objeto de poderse dedicar mas fácilmente á reclamar la herencia de Don Pedro de Mejía para Doña Esperanza.

La parte que la Perla habia tomado en todo el engaño del virey le aseguraba de su discrecion; además, Garatuza le hizo pomposas ofertas y terribles amenazas, y Andrea juró por Dios y por todos los santos del cielo no decir nada á nadie, ni aun al mismo lacayo, que conforme á lo arreglado por Martin con Andrea, habia entrado ya á llenar el supuesto vacío del marido difunto.

Aquella misma noche tuvo Martin una conferencia con Doña Esperanza.

La jóven no habia tratado ni conocido nunca como su padre á Don Pedro de Mejía, pero por las memorias de Do-

menos solemnes: la Iglesia tiene sus ritos, sus ceremonias, que son sin duda mas eficaces para el descanso de las almas de los fieles.

—Vos sabeis tan bien como yo, que con nada cuento sobre la tierra para todo eso, y que para eso se necesita dinero.

—Yo no sé que sea dinero lo que os falte.

—¿No lo sabeis?—dijo Esperanza mirándole fijamente.

—No señora, por el contrario: lo que sé, y bien, es que si vos quisiérais hacer algo por el alma de vuestros padres, tendríais lo que quizá ninguno en toda la Nueva-España.

—No os comprendo.....

—Me comprendereis muy fácilmente, señora: si vos quisiérais hacer algo, os bastaba con reclamar la herencia de Don Pedro de Mejía, vuestro padre, de quien sois la única heredera.

—¡Jamás, nunca tocaré yo ese caudal que sirvió para perder á mi pobre madre, y del que nunca recibió ella ni una limosna: primero trabajaré para comer!.....

—Sois libre de hacerlo, señora, cuando ya este vuestro pobre amigo no exista, porque mientras él viva y pueda ganar el pan para su familia, vos no necesitareis de nada.

—Gracias—dijo con emocion Esperanza.

—Pero vos—continuó Martin—no considerais que ese caudal que es vuestro, pasa á manos extrañas, se dilapida, se consume, sin que de él se saque ni siquiera para decir una sola misa por el descanso de Don Pedro y de Doña Juana; vos no considerais que esto grava vuestra conciencia de cristiana y de hija piadosa: no lo gasteis en vuestros goces ni en vuestras necesidades, pero recogedle para la religion y la caridad.

—Imposible, imposible.

—Mañana tendreis quizá hijos, señora, y no estará tranquila vuestra conciencia de madre; porque abandonar este cau-

dales casi robar á vuestros hijos por un capricho: además, ¿quién os dice lo que sucederá mañana, si vos pobre y abandonada, no sereis víctima del capricho de algun poderoso, si Don Leonel, obligado por el orgulloso de su padre, no tendrá que prescindir de vos para siempre, y quién os asegura que dueña vos de la herencia de vuestro padre, no seríais la esposa de Don Leonel, porque su padre no negaría el consentimiento á un enlace tan ventajoso?.....

—¡Martin!—exclamó Doña Esperanza, comenzando á ceder ante la idea de ser la esposa de Don Leonel.

—Señora, reflexionad que no perjudicais á nadie con recibir esos bienes, que son vuestros por voluntad de vuestro padre, y pensad cuántos males os origina vuestra resistencia.

—¿Pero qué se diria de mí si yo reclamase?

—Se diria que vos pedíais, señora, lo que por decoro se os debe; se diria que la bendicion de Dios bajaba sobre los pobres, porque esas riquezas en vuestras manos serian el alivio de los desgraciados, el auxilio del culto, la felicidad para mil familias; eso se diria: las riquezas en manos del caritativo, son como la lluvia sobre los prados secos y áridos: si esos bienes pasan á manos extrañas, quizá sirvan solo para fomentar vicios, para perder almas: señora, si para vos no quereis esos tesoros, si para los pobres y para la religion no los deseais, al menos quitadlos del poder de los que harán mal uso de ellos, perdiéndose y perdiendo á otros.

Doña Esperanza callaba; de todas las reflexiones de Martin, ninguna era para ella de mas peso que la que se referia á Don Leonel: si ella quedaba pobre, huérfana y desvalida, quizá no llegaria nunca á llamarse esposa de aquel hombre á quien habia amado siempre, no porque él la despreciase, sino porque el viejo Don Nuño no consentiria en tal union; al paso que si ella se miraba rica y poderosa, el padre de

Leonel no se opondría quizá á su boda. Renunciar á la herencia de Don Pedro, era perder todas sus ilusiones.

Martin conoció que Doña Esperanza estaba decidida, y que vacilaba solo porque le faltaba el valor para decir que consentía, y quiso evitarle este sacrificio.

—Creo que estais convencida con mis razones, señora— le dijo—y es inútil que trateis de resistir á la voluntad de Dios, que en este punto está manifiesta; así es que voy desde este momento á dictar mis providencias para que todo salga como yo lo deseo.

—¿Qué vais á hacer?

—Antes de reclamar esa herencia, son necesarios ciertos preparativos que facilitarán el camino; prometedme, Doña Esperanza, no opondréis á nada, dejadme obrar, y ayudadme en caso necesario.

—¿Pero qué intentais?—dijo alarmada Doña Esperanza.

—Nada que pueda pareceros indigno; solo que como tenéis necesidad de un hombre que os represente, y como no hay otro que lo haga sino yo, y como yo ni puedo valer nada con mi nombre de Martin, ni la justicia me sufriria, porque tenemos pendientes algunos pecadillos que me cobra, debo ante todo buscar un nombre y aparecer como un nuevo personaje.

—¿Vais á cambiar de nombre?

—Sí, señora, es preciso, y os suplico tengais la bondad de prestarme el de uno de vuestros antepasados.

—¿De mis antepasados? si no los conozco.

—Pero yo sí, y si me lo permitís, me llamaré desde hoy Santiago de Carbajal, tio vuestro y vuestro tutor.

A la mañana siguiente al dia en que Martin tuvo esta conversacion con Doña Esperanza, en una de las calles que se llamaban del monasterio de San Francisco, se disponia

una casa para recibir á unos señores ricos que venian del rumbo de Valladolid.

Los preparativos se hacian casi con precipitacion, porque en aquella misma tarde debian llegar los viajeros; y en efecto, á cosa de las cinco, cuando en aquellas calles habia mayor número de gente que iba para la Alameda, entraron á la casa un caballero, dos damas y varios criados, montados todos en buenos caballos y cubiertos de polvo.

Multitud de curiosos se detuvo delante del zaguan á verlos entrar, y cuando el último criado penetró, se cerraron las puertas de la casa.

Todos los que los vieron llegar fueron haciendo comentarios, y en la noche se hablaba en México de un propietario muy rico que con dos damas muy hermosas habia llegado de las provincias del interior.

Sin saberse por qué conducto, se habia averiguado á las pocas horas de su llegada, que él era Don Santiago de Carbajal, hombre muy poderoso, y que las dos damas eran su esposa y una sobrina suya.

Aquella noche permaneció la casa cerrada; pero al dia siguiente el caballero y las damas salieron á sus balcones, observándose que la mas jóven vestia luto y era mas hermosa de lo que ponderaba la fama.

Como el lector conocerá, el Don Santiago de Carbajal era nada menos que Martin, y las damas Doña Esperanza y María, la pobre muda, que seguia humildemente todos los caprichos de su marido.

Eran las dos de la tarde, y Martin hablaba con Doña Esperanza sentados cerca de la mesa en que acababan de comer.

—No sé por qué tengo tanto miedo de esto que estais haciendo—decia Doña Esperanza.

—¿Por qué habeis de tener miedo?—contestó Martin;—es

un asunto en el que vos nada exponeis, señora; el que ha cambiado de nombre soy yo, el que representa otro papel que no es el suyo, soy yo; el que puede tener algun peligro soy yo: vos, Doña Esperanza, ¿cambiais acaso vuestro apellido? ¿tomais ajenos títulos? ¿no sois real y verdaderamente Doña Esperanza de Carbajal? Pues entonces ¿qué podeis temer?

—Nada; pero no sé yo engañar á nadie.

—A nadie engaiais, Doña Esperanza, á nadie engaiais, ni tampoco teneis necesidad de hacerlo.....

—Sí; pero hay en todo esto un engaño que no es posible.

—Dejad hacer y no temais; hoy comenzamos ya á pasar las cosas, y dentro de muy poco sabré si en esta misma tarde podemos ir á presentarnos con Don Alonso de Rivera y con Doña Catalina de Armijo, que se han hecho dueños de la casa de vuestro padre.

En este momento avisaron á Martin, ó á Don Santiago, que un hombre muy pobre deseaba hablarle.

Martin se levantó y salió al corredor, adonde le esperaba un mendigo con el sombrero en la mano. El criado se retiró, y Martin quedó solo con el mendigo.

—Buenas tardes—dijo Martin, acercándose á él sin desconfianza.

—Buenas tardes—contestó el hombre paseando en derredor una mirada indagadora;—vengo á avisarte que esta tarde puedes ir y llevar á Doña Esperanza; sé muy bien que no saldrán.

—¿Han avanzado algo respecto al testamento?

—Nada; Don Alonso ha visto al escribano, que se ha negado á entregarlo mientras no le den la contraseña que le dió el finado. Rivera ha comenzado á entrar en sospechas, y me ha hecho llamar preguntándome por el santón que le llevé y á quien dió cuatro mil pesos para la fabricacion de

una ermita; héle contestado que habia ido á Puebla á verse con el obispo, que pronto volveria.

—Compromiso es para vos.

—Y tanto, que puesto que ya nada tengo que hacer allí porque Mejía ha muerto, tan pronto como vosotros os presentéis y se lea el testamento, téngome yo que retirar y desaparecer, que para terminar el castigo de Don Alonso y ayudarte á poner á Doña Esperanza en posesion de su herencia, no necesito ya vivir en aquella casa.

—Ciertamente.

—¿Esta tarde vas?

—Iré llevando á Esperanza, y citaré para mañana la apertura del testamento.

—Me parece muy bien. Me voy; dame una moneda para desvanecer sospechas, por si álguien nos observa.

—Tomad—dijo Martin poniendo en manos del mendigo una moneda.

—Gracias—contestó el otro;—y como guardando la limosna, agregó: Martin, si necesitas dinero para Esperanza.....

—No, señor, aun me queda mucho de lo que me dió Don Alonso de Rivera.

—Adios, Martin—dijo el mendigo.

—Adios, señor Don César—contestó Martin.

El mendigo bajó cojeando las escaleras, y Martin entró á prevenir á Doña Esperanza que debian ir aquella misma tarde á presentarse á Don Alonso y á Doña Catalina.

.....  
 .....  
 .....  
 .....  
 La casa de Don Pedro de Mejía estaba rigurosamente enlutada en todo el interior.



Doña Catalina, reconocida como viuda de Don Pedro, no había omitido gasto de ninguna especie para dar muestras de su dolor, y había mandado cubrir con lienzos negros todos los muebles, y los cuadros, y las cortinas; las ventanas estaban cerradas, y la viuda apenas salía por las mañanas al templo, envuelta en negras tocas.

Las mujeres codiciaban su fortuna, y los hombres anhelaban por el día en que cesara tanto duelo, para atreverse á pretender tanta hermosura y tan soberbio capital, porque Don Alonso había hecho circular la voz de que Doña Catalina era la única heredera, y como no aparecía en efecto nadie que disputase aquel derecho y los días iban pasando, nadie ponía duda en lo que se decía.

Sin embargo, Don Alonso y Doña Catalina estaban muy lejos de aquella tranquilidad que aparentaban tener.

—¿Creeis, Don Alonso—decía Catalina una tarde—que podemos estar ya seguros?

—Ahora menos que nunca—contestó Don Alonso.

—¿Por qué?

—Los días se pasan, y nadie se presenta, y nada se dice tampoco.

—Esa calma y ese silencio me espantan: es seguro porque yo fuí testigo que Don Pedro otorgó un testamento, y ese testamento, existe y está en poder de un escribano, y se me niega con el pretexto de que no soy yo á quien debe entregarse.

—Pero ¿á quién entonces?

—Lo ignoro; aquí hay un misterio, un arcano que solo podría revelarnos ese santón, ese infame que ha venido á esta casa por una de tantas aberraciones como tenemos los hombres en la vida, por mi falta de precaucion.....

—Pero ese hombre, ¿adónde está? ¿quién le trajo?

—Adónde está, yo no lo sé, el infierno se lo ha tragado, porque le he hecho buscar por todas partes, y no parece.

—¿Quién le trajo?

—Yo mismo, porque me fié de ese imbécil de Lázaro que me lo recomendó.

—¿Y no habeis preguntado á Lázaro?

—Se lo he preguntado, y nada he podido conseguir ni con promesas ni con amenazas: dice que él ha sido engañado como yo, y que él le entregó para la obra de un templo la corta cantidad que había reunido de sus limosnas.

—Ese hombre era un estafador, un ladrón.

—Quién sabe si algo peor!

—¿Qué temeis, pues?

—Temo que sea un agente secreto que haya venido con el infame designio de arrancar á Don Pedro una disposicion.....

—¿Y á favor de quién suponeis?

—Quizá á favor de alguna comunidad religiosa.

—Puede ser.

—En esos momentos los hombres están débiles, y quizá Mejía haya cedido con facilidad.....

—En ese caso, ya habrían reclamado.

—Temo de un momento á otro que suceda.

En esto se escuchó el ruido de una carroza que se detenía delante de la puerta.

Don Alonso llamó la atención.

—¿Quién podrá ser?—preguntó Catalina.

—Tal vez alguna persona que venga á darte el pésame.

—Es extraño.

Un lacayo avisó que un caballero y dos señoras esperaban en la antesala.

—¿Dieron sus nombres?—preguntó Don Alonso.

—No, señor.

—Que pasen—dijo Catalina.

El lacayo abrió la puerta, y dos damas enlutadas, seguidas de un caballero, penetraron en la sala.

Los que llegaban y los que recibían se saludaron fríamente con una ligera inclinación de cabeza, y Catalina les ofreció asiento.

—Supongo, señora—dijo el caballero que entraba y que era Martín Garatuza—que tengo el honor de hablar con mi señora Doña Catalina de Armijo.

—Servidora—contestó Catalina inclinándose apenas la cabeza.

—¿Y con mi señor Don Alonso de Rivera?—dijo Martín.

—El mismo—contestó Don Alonso inclinándose también.

—Servidor de tan nobles personas—continuó Martín:—yo soy Don Santiago de Carbajal, y estas damas son mi esposa y mi sobrina Doña Esperanza.

Entonces todos se saludaron ceremoniosamente.

—Yo acabo de llegar—continuó Martín—de Valladolid.

—¿A qué vendrá todo esto?—pensó Don Alonso.

—Se te conoce—pensó Catalina.

—Acabo de llegar de Valladolid, y vengo en busca de vuestras mercedes nada más.

—Podeis mandar—dijo Don Alonso.

—Solo servir—replicó Martín—pues seré corto por no quitar el tiempo á vuestras mercedes.

—De ninguna manera.

—Sí, yo sé lo que es la corte: pues como iba diciendo, que mi sobrina tiene, ó tenía por mejor decir, un parentesco muy cercano con el difunto Don Pedro de Mejía, que en paz descanse.

Martín fingiendo gran calma, tosió y se limpió la frente.

Don Alonso y Doña Catalina estaban como en ascuas, presentían algo grave, y la calma con que hablaba Martín los desesperaba; hubieran deseado saber luego el objeto de su visita y suprimir aquellos preámbulos.

—Bien, ¿y qué quería vuestra merced?—dijo Catalina.

—Pues como decía, mi sobrina era parienta de Don Pedro, que de Dios goce.

—Sí, eso ya está dicho—exclamó Don Alonso sin poder contener su impaciencia;—al grano.

—Voy, que cosa es esta que necesita calma: Don Pedro, que santa gloria haya, era pariente muy cercano de Esperanza mi sobrina.

Don Alonso y Catalina hicieron un marcado movimiento de disgusto, que no se escapó á la penetración de Garatuza, el cual siguió diciendo:

—Como Don Pedro es muerto, mi sobrina, que es su parienta cercana, deseaba ver si le había dejado algo en su testamento.....

—Pues le aseguro á vuestra merced que no—dijo Don Alonso.

—Eso es imposible—replicó Martín;—mi sobrina era parienta muy cercana, y no es posible que la haya olvidado.

—Pues la olvidó.

—Oh! no, no; perdóneme vuestra merced si insisto: ¿adónde está el testamento?

Don Alonso y Doña Catalina se miraron; Martín lo advirtió.

—Mi marido no hizo testamento—dijo Catalina.

—Oh! sí, sí señora, sí hizo, y cerrado, y firmó como testigo en él mi señor Don Alonso de Rivera.

Don Alonso y Catalina volvieron á mirarse.